La Comédiathèque



El pueblo más bonito de Francia

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

El pueblo más bonito de Francia

Jean-Pierre Martinez

Cualquier parecido con un pueblo francés existente sería pura coincidencia.

Bellacón-le-Château, un pueblo de la Provenza, está a punto de recibir el título de «El pueblo más bonito de Francia». Entretanto, la segunda vuelta de las elecciones municipales podría dar la alcaldía a un candidato del Frente Populista. En el bistrot La Part des Anges, las fuerzas vivas del lugar discuten si ganará el alcalde saliente o su pintoresca rival. Pero una cadena de acontecimientos inesperados pondrá patas arriba la votación y dará la razón a Winston Churchill: la democracia es el peor de los sistemas, salvo todos los demás.

Personajes:

Jacques Regador, conocido como JR: alcalde saliente
Baronesa de Carlsberg-Kronenbourg: su adversaria electoral
Marcel(le): teniente de alcalde y notario/a
René(e): pintor/a sin un duro
Maurice(tte): médico/a aficionado/a a la bebida
Charles: parisino nuevo rico
Dominique: coronel de la reserva
Ramírez: policía municipal
Sánchez: ayudante de Ramírez
Claude: propietario/a del bistrot
Francine: burguesa de la Provenza
Bernadette: su hija, aspirante a actriz
Mario: mecánico y hombre para todo

El alcalde y la baronesa pueden ser interpretados por la misma persona o por intérpretes distintos. Marcel(le), René(e), Maurice(tte), Dominique, Ramírez, Sánchez y Claude pueden ser personajes masculinos o femeninos.

Reparto posible de 12 intérpretes:
3H/9M, 4H/8M, 5H/7M, 6H/6M, 7H/5M, 8H/4M, 9H/3M
Reparto posible de 13 intérpretes:
3H/10M, 4H/9M, 5H/8M, 6H/7M, 7H/6M, 8H/5M, 9H/4M

© La Comédiathèque

La terraza de un bistrot provenzal. Sobre la entrada se lee «La Part des Anges». Hay varias mesas y sillas. En ellas están sentados Maurice, el médico del pueblo, que parece llevar una copa de más; René, de aire bohemio, y Dominique, de porte militar. Se oye el canto de las cigarras.

Maurice – Qué tranquilidad hay hoy.

René – Hasta las cigarras cantan más bajito.

Dominique – La calma antes de la tormenta...

Maurice – Y qué bochorno, ¿no?

René – ¡Nos vamos a derretir!

Dominique – Si por lo menos soplara el mistral…

René – El mistral es el aire acondicionado de los pobres.

Maurice – ¿En qué estás trabajando ahora?

René – Un momento, voy a mirar el termómetro. *(Saca un termómetro médico del bolsillo y lo consulta.)* ¡Treinta y ocho y medio! Con esta fiebre, hoy no trabajo.

Maurice – Con esa fiebre deberías ir al médico. Y mira que tienes uno delante.

René – Hablo de la temperatura de la calle. Las cigarras empiezan a cantar por encima de los veinticinco grados. Yo solo pinto cuando baja de veintidós.

Dominique – Eres aún más vago que la cigarra de la fábula. Al menos ella cantaba todo el verano.

René – ¿Qué quieres? Soy una cigarra que no soporta el calor.

Maurice – Entonces, ¿por qué te viniste al sur?

René – Precisamente por eso: para descansar. Como Van Gogh.

Dominique – Van Gogh al menos aprovechó su estancia en el sur para pintar unas cuantas obras maestras.

René – Seguro que entonces hacía menos calor.

Maurice – Es verdad, esto da sed.

Beben el contenido de sus vasos.

René *(hacia el bistrot)* – ¡Madame Claude, otra ronda!

Claude, la dueña del bistrot, con aires de madama, aparece de mal humor para rellenarles las copas.

Claude – ¿Rosado con pomelo?

Asienten, y ella los sirve.

Maurice – No me pongas mucho pomelo, me da acidez.

Claude – Hace usted muy bien, doctor. El zumo de fruta es malísimo para la salud.

Maurice – Pero el vino es un excelente antioxidante.

Dominique – Entonces debes tener una salud de hierro.

El canto de las cigarras se interrumpe de repente.

Claude – ¡Ah, las cigarras han dejado de cantar!

Maurice – Sí, refresca.

Dominique (*a René*) – Podrás volver a trabajar.

René vuelve a mirar su termómetro.

René – Pero sigue haciendo el mismo calor.

Claude – Esas cigarras están completamente locas. Como el clima...

Maurice – Debe de ser por los pesticidas.

René – O a lo mejor se han ido al descanso.

Claude – Claro, su descanso reglamentario. Hasta las cigarras se han apuntado a la semana francesa de treinta y cinco horas. Y seguro que cobran las horas extras.

Claude vuelve a entrar en el bar. Charles, con estilo de ejecutivo en vacaciones, aparece.

Charles – ¡Qué calor!

René – Sí, justo eso estábamos diciendo.

Charles – Y tan temprano. Hoy no está el día para trabajar.

Maurice – Menos mal que tú estás jubilado.

Charles – ¿Y vosotros, los activos? ¿No se os hace muy duro?

Dominique – Yo también estoy jubilado.

Charles – Pues a tu edad yo no presumiría. Luego nos extraña que la Seguridad Social esté en números rojos.

Dominique – Sigo siendo coronel de reserva.

Charles – Pues mira, saber que en caso de una tercera guerra mundial volverás al servicio me deja mucho más tranquilo.

Maurice – Lo mejor sería mandar a los jubilados al frente. Una guerra de vez en cuando y solucionamos el problema de las pensiones.

René – Imaginad la Primera Guerra Mundial con dos ejércitos de ancianos dándose bastonazos y atropellándose con los andadores. Mira, hasta me están entrando ganas de pintarlo.

Charles (*a René*) – ¿Y si terminas primero el cuadro que te encargué para encima de mi chimenea?

Dominique – ¿Qué cuadro es?

Charles – Una copia de La libertad guiando al pueblo, de Delacroix.

Maurice – Bueno... ¡Eso lleva trabajo!

René – Ya lo creo... (*A Charles*) ¿No prefieres que lo simplifique un poco?

Charles – Quiero una copia que pudiera firmar el propio Delacroix.

Maurice – No sabía que fueras tan republicano.

Dominique – Ya ves: se puede pagar el impuesto sobre las grandes fortunas y seguir siendo un revolucionario.

Maurice – El original está en el Louvre, ¿no? Entonces, ¿qué usas como modelo para tu copia?

René saca un viejo billete de cien francos con el retrato de Delacroix.

René – Un billete de cien francos. Mi modelo.

Maurice – Ahora entiendo la pasión de Charles por Delacroix. Le recuerda a su dinero.

Dominique – Es que en aquellos tiempos ni siquiera existía el impuesto sobre las grandes fortunas…

Charles – En todo caso, me gustaría tenerlo antes de este invierno.

René – Tranquilo, solo le falta un poco.

Maurice – Le falta dar la segunda capa de pintura. Nada más.

René – Pero ahora hace demasiado calor...

Charles – Soy cliente, no mecenas. Y ya te he dado un adelanto.

René levanta su vaso.

René – Y puedes estar seguro de que lo he invertido muy bien.

Apura la copa de un trago.

Charles – Entre un pintor provenzal que solo trabaja con frío, un médico que pasa consulta en el bar y un coronel al que pagan por esperar la próxima guerra mundial… Francia está salvada. Menos mal que yo he puesto aire acondicionado en casa.

René – Tienes razón. El calor es muy malo para las personas mayores.

Maurice – En la ola de calor de 2003 no paré de firmar certificados de defunción.

René – Como si ahora hicieras otra cosa…

Charles – Por otro lado, si empieza a soplar el mistral, habré instalado el aire acondicionado para nada. Y no es precisamente barato.

Dominique – El aire acondicionado es como la bomba atómica: cuesta caro instalarlo, pero lo mejor es no tener que usarlo nunca.

Madame Claude, la dueña del bar, asoma la cabeza por la terraza.

Claude – ¿Qué le pongo?

Charles – ¿Qué hora es?

Claude mira su reloj.

Claude – La hora del rosado con pomelo.

Charles – Bueno, un rosado con pomelo, entonces.

Maurice – Apuesto a que este parásito, que vive de nuestras cotizaciones, no paga ni una ronda.

Charles – ¡Lo que hay que oír! ¡Como si con vuestras cotizaciones me alcanzara para la jubilación!

Claude – Entonces, ¿qué?

Charles, a regañadientes, saca un billete grande.

Charles – Supongo que no tendrás cambio de quinientos euros.

Claude – Sí que tengo.

Charles – Pues invita a estos fósiles. A ver si el vino los devuelve a la vida.

Claude – O si los remata. Muy bien, rosado con pomelo para todos.

Claude coge el billete y se marcha. Charles se sienta con los demás. Dominique se sumerge en la lectura del periódico local.

Maurice – No tienes buena cara. ¿Otra vez un problema doméstico?

Charles – Mi piscina.

René – ¿Qué le pasa a tu piscina?

Charles – Que pierde agua.

Dominique – ¿Cómo puede una piscina perder agua?

Charles – Pues no lo sé, justamente.

René – ¿Y cómo te diste cuenta de que tu piscina tenía una fuga?

Charles – Esta mañana he ido a darme el chapuzón de todos los días y la piscina estaba seca.

Dominique – Menos mal que te diste cuenta antes de tirarte.

Maurice – Una piscina es como una amante: mucho mantenimiento para lo poco que se utiliza.

Dominique alza el periódico.

Dominique – ¿Habéis leído esto? ¡Bellacón-le-Château está en la final del concurso del pueblo más bonito de Francia!

Maurice – Aún no está decidido.

Dominique – Dos inspectores vendrán hoy para comprobarlo todo antes de que el jurado elija al ganador.

Charles – Y pensar que hasta hace unos meses, al abrir la ventana, en lugar del aire de la Provenza respiraba los gases del periférico de París…

Claude vuelve con los vasos y los deja sobre la mesa.

Claude – Aquí tenéis…

Charles – Se nota un olor raro, ¿no?

René – Sí, a pescado podrido.

Claude – ¿Lo dices por mí?

René – Son los reflujos gástricos de Maurice. Tienes razón, deberías dejar el pomelo.

Dominique – Son las alcantarillas. En cuanto llueve, rebosan por todas partes.

Charles – ¡Hace por lo menos un mes que no llueve!

Dominique – Tendremos que dejar de ducharnos hasta que se marchen esos inspectores.

Claude – Sí… Y evitar tirar de la cadena…

Claude entra en el café.

Charles – Vaya con Madame Claude… Es auténtica, ¿verdad?

Maurice – Una visita imprescindible para cualquier turista.

René – Hasta sale en la guía turística, en el apartado «Merece la pena desviarse».

Charles – Y con ese nombre, «Madame Claude»… Suena más a madama de burdel que a dueña de un bar.

Los tres intercambian una sonrisa cómplice.

Maurice – Qué poco conoces el pueblo, Charles…

Dominique – Se nota que eres nuevo aquí.

René – Aún no has descubierto todos los encantos de nuestro pequeño pueblo.

Charles – ¿No?

René – Digamos que está medio jubilada, como el coronel.

Maurice – Y, si hace falta, está siempre dispuesta a volver al servicio activo.

Se ríen. Claude regresa para limpiar una mesa. Inmediatamente se ponen serios. Claude les lanza una mirada suspicaz y se marcha. Ellos brindan y vacían sus vasos.

Charles – ¿Creéis que ya está todo decidido?

Maurice – Bellacón-le-Château es un pueblo precioso, eso es seguro.

Charles – Me refería a las elecciones municipales.

Maurice – Ah, eso...

René – ¿Vamos a permitir que el pueblo más bonito de Francia elija a un alcalde del Frente Populista?

Dominique – Dios no lo permitirá…

Charles – ¿Frente Populista?

René – El Frente de Izquierdas y el Frente de Derechas han decidido presentarse juntos.

Dominique – Total, ya compartían el programa, los discursos y buena parte de los votantes.

Maurice – Y casi el mismo nombre.

René *(grandilocuente)* – ¡Hay que impedirlo! ¡Mientras yo viva, Bellacón no caerá en manos de dos extremos que se han unido para llegar al centro!

Dominique – Aunque votar al otro sinvergüenza…

Charles – ¿Quién?

Dominique – Jacques Regador. El alcalde de siempre.

Charles – Regador…

René – Un apellido que le viene al pelo.

Dominique – Lleva años regando a todos los que le interesa. Por eso no hay manera de echarlo.

Maurice – Y no subestiméis a JR. Ha pasado por la Central…

Charles – ¿La prestigiosa escuela de ingeniería?

Dominique – No. La prisión central.

Charles – Ah, de acuerdo.

René – ¿Vosotros estáis con el alcalde o con la baronesa?

Charles – ¿La baronesa?

René – La candidata del Frente Populista.

Maurice – Uf, yo prefiero esperar a ver.

Dominique – Haces bien en esperar. Mi abuelo tomó partido demasiado pronto y acabó con la cabeza rapada cuando terminó la Ocupación.

René – ¿Tu abuelo se había acostado con un soldado alemán?

Maurice – La ocupación fue un periodo bastante confuso en la historia de Francia.

René – Y no precisamente la etapa más gloriosa de Francia.

Bernadette, muy provocativamente vestida, aparece para limpiar las mesas.

Dominique – ¡Hombre, si es Bernadette, la hija de Francine!

Todas las miradas masculinas se fijan en ella.

Maurice – Bernadette, ¿qué haces en este antro de perdición?

René – ¿Es lo único que has encontrado como trabajo de verano, cariño? Creía que querías ser actriz.

Bernadette – ¡Precisamente! Mi representante me ha conseguido un papelito en una serie ambientada en Marsella. Haré de camarera.

René – ¿Y por eso te ha enviado a hacer prácticas con Madame Claude?

Bernadette – No, no es eso. Estoy preparando el personaje.

Dominique – Ah, entiendo...

Bernadette – Es el método del Actors Studio. Para meterse en la piel de un personaje, hay que vivir como él.

Maurice – Pues menos mal que no te han dado el papel de una…

Bernadette – ¿De una qué?

Bernadette empieza a recoger los vasos inclinándose de manera sugerente sobre la mesa.

René – De una monja, por ejemplo. ¡Imagínate tener que pasar un mes de prácticas en un convento!

Maurice – Ni a tu madre ni a la madre superiora les haría gracia.

Llega Mario, un atractivo mecánico vestido con un mono de trabajo manchado de grasa.

Charles – ¡Ah, hola Mario! (*A los demás*) Es mi mecánico…

Al ver a Mario, Bernadette derrama su bandeja.

René – La camarera todavía necesita unos ensayos.

Charles – ¿Y mi BMW, Mario? ¿La tienes lista?

Mario *(sentándose aparte)* – Casi, señor Charles. Estoy esperando una pieza. *(A Bernadette)* Un café, por favor.

Bernadette – Ahora mismo…

Bernadette entra al bar.

Charles – Dicen que es un mecánico estupendo. Me lo recomendó mi notario.

Maurice – ¿Tu notario?

Charles – Trabaja sin factura y consigue repuestos usados a precios de risa. No sé cómo lo hace…

René (*irónico*) – Sí, yo tampoco…

Charles – ¿Le conocéis?

Dominique – ¿Super Mario? ¿Quién no conoce a Super Mario?

Mario les lanza una mirada amenazante, y renuncian a hacer más comentarios. Bernadette regresa con el café de Mario.

Mario – Gracias.

Bernadette le sonríe, nerviosa. Claude sale del bar y observa el intercambio entre Mario y Bernadette.

René – Bernadette, ¿nos traes otra ronda, de parte de los ángeles?

Claude – Los ángeles no fían.

Maurice – Ya me lo imaginaba…

Claude – Bernadette, vete a ensayar tu papel fregando los platos. La cocina está a rebosar.

Bernadette entra en el bistrot, seguida de Claude.

Charles – La Part des Anges… ¿Qué significa, exactamente?

Mario – Se nota que no es usted de aquí…

Charles – No se le escapa una. Soy de París.

Mario – Cuando el vino envejece en barrica, una parte se evapora. Como nadie sabe adónde va, la llaman «la parte de los ángeles».

René – En política pasa lo mismo.

Charles – ¿En política?

Maurice – Una parte del presupuesto se evapora después de las elecciones. ¡Igual que con este ayuntamiento!

Dominique – Como el agua de tu piscina, Charles: desaparece y nadie sabe adónde ha ido.

René – Y desde luego hay ángeles que siempre salen ganando.

Maurice – Pues bebamos nuestra parte ahora mismo.

René – Antes de que se evapore.

Terminan las copas. Aparece la baronesa de Carlsberg-Kronenbourg: es imponente, va excesivamente maquillada y lleva un atuendo extravagante. Puede interpretarla un hombre caracterizado de mujer, incluso el mismo actor que hace de alcalde.

Dominique – Mira, ahí viene la baronesa.

Charles – La famosa baronesa de Carlsberg-Kronenbourg… ¿Es de sangre azul o le han dado el título por los barriles de cerveza que se bebe?

Dominique – Dicen que pertenece a una de las familias más ilustres de Bélgica. Hasta puede que sea pariente del rey.

Maurice – ¿De qué rey?

René – Del rey de la cerveza, supongo.

Baronesa – ¡Ah, mi querido Mario! Mi Twingo parece un Jaguar desde que le cambió el motor.

Maurice – A saber. Igual le ha puesto un motor de Jaguar. Con Mario nunca se sabe de dónde salen las piezas.

Baronesa – Pase por el château y se lo pagaré. En metálico, como acordamos.

Mario – Como usted diga, Madame la Baronesa.

Baronesa – ¿No habrán visto a mi perrita?

Charles – No sé. ¿Cómo es?

René – Como un cerdito, pero en pequeño. Hasta tiene el rabo enroscado.

Maurice – ¿Qué tal la campaña, Madame la Baronesa?

Baronesa – ¡Mejor que nunca! Tomen, aquí está mi programa…

Reparte algunos folletos entre los presentes y a Claude, que llega para tomar nota.

Claude *(leyendo)* – «Vote Kronenbourg». Este lema va a atraer al electorado de los bares. ¿Qué le sirvo, Madame la Baronesa?

Baronesa – Una caña.

Claude – ¿Carlsberg? ¿Heineken? *(La baronesa la fulmina con la mirada.)* Era broma.

Claude se marcha.

Baronesa – ¡No podemos permitir que reelijan al alcalde saliente con un balance tan desastroso! Por ejemplo, en el tema de la seguridad. Una mujer decente no puede pasearse sola por el pueblo después de las seis de la tarde sin que la asalten con todo tipo de propuestas...

Dominique – ¿A usted le han hecho propuestas? A mí nunca...

Baronesa – ¡Y la limpieza! ¿No huelen el hedor nauseabundo que esta corrupta alcaldía nos deja como legado? Las alcantarillas se desbordan, las ratas pasean impunemente por las calles y el alcalde no hace nada para solucionar esta situación.

Maurice – Sin hablar de los problemas de estacionamiento...

Baronesa – ¡Aquí todo el mundo aparca donde le da la gana! ¡He visto hasta a personas con discapacidad aparcar fuera de las plazas reservadas! ¿Y el ayuntamiento? ¡Ni se inmuta!

Dominique – Hay que combatir las incivilidades, está claro.

Baronesa – Si soy elegida alcaldesa, propondré instalar cámaras láser por todas las calles.

Dominique – ¿Láser? ¿Para visión nocturna?

Baronesa – ¡Para fulminar a los infractores al instante! Lo mío es la tolerancia cero.

Charles – Eso es bastante radical, la verdad...

Baronesa – Este país ya no es lo que era. ¡En Francia ya no nos sentimos en casa!

René – Pero usted es belga, ¿no?

Claude vuelve con la caña de la baronesa.

Baronesa – Una baronesa belga se siente en casa donde haya cerveza, patatas fritas y un château. Hablo de esos extranjeros que llegan de fuera de Europa. *(A Mario)* No va por usted, Mario. Usted trabaja en negro, pero al menos trabaja. ¿Ha visto alguien a mi perrita?

Claude – No se preocupe por eso. Tal vez haya vuelto sola al castillo. Conoce el camino.

René – Y además, ¿quién querría robar una perra que parece un cerdo...?

Maurice – Haga como Pulgarcito: siga el rastro que va dejando el animal. Por el tamaño de sus excrementos no tendrá pérdida.

René – Es un misterio de la naturaleza: ¿cómo puede un perro tan pequeño hacer unas cacas tan grandes?

Baronesa – Tiene razón, voy a mirar por allí... ¡Antoinette! ¡Antoinette!

Charles – ¿Su perro se llama Antoinette?

René – Antoinette es el diminutivo. Su verdadero nombre es Marie-Antoinette.

La baronesa se marcha.

Charles – Pero, ¿quién es esta baronesa exactamente?

Maurice – Llegó de Bélgica buscando refugio fiscal y encima consiguió la nacionalidad francesa.

René – Hay que ser muy belga para pedir asilo fiscal en Francia…

Charles – ¿Hay muchos belgas por aquí?

Dominique – Hay zonas de trufas, y aquí tenemos una reserva de belgas.

René – Es ella quien compró el castillo de Bellacón.

Dominique – El ayuntamiento ejerció su derecho de compra preferente para impedir que yo lo adquiriera. Al día siguiente, se lo vendieron a la baronesa.

Charles – Baronesa y castellana... ¿Y es ella quien representa al Frente Populista?

Dominique – Una monárquica de izquierdas, por lo visto.

Charles – Creo que todavía no he entendido todas las sutilezas de la política local...

Mario – Es el sur, Monsieur Charles... El sur.

Mario, que casi habían olvidado, se levanta para irse, y todas las miradas se giran hacia él.

René – En Bellacón-le-Château solo hay dos clases sociales: media población paga el impuesto sobre las grandes fortunas y la otra media vive de las ayudas sociales.

Maurice – Lo que simboliza perfectamente el espíritu de apertura y fraternidad de nuestra encantadora ciudad, más allá de todas las diferencias.

René – Eso sí, de vez en cuando saltan chispas.

Dominique – Mire en el periódico: pelea tras un concierto de rock en Bellacón-le-Château. Yo digo que los conciertos de rock deberían prohibirse, simplemente.

Maurice – Es verdad que es muy raro que haya disturbios a la salida de un concierto de música clásica.

Bernadette regresa y cruza la mirada con Mario, que está a punto de irse. En una gestualidad muy teatral, casi en cámara lenta y con música melódica de fondo, se acercan el uno al otro, se miran fijamente y luego se besan apasionadamente bajo las miradas atónitas de los demás.

Dominique – ¿Está ensayando para su serie otra vez?

René – Más bien parece La Bella y la Bestia…

La baronesa regresa alarmada. Mario y Bernadette se marchan juntos.

Baronesa – ¡Han secuestrado a mi perra!

Maurice – Tal vez sea la perrera.

Baronesa – ¡Al abrir mi buzón, encontré un sobre… que contenía una oreja de Antoinette!

Claude – ¡Una oreja! ¡Igual que Van Gogh!

Dominique – Van Gogh no fue víctima de ningún secuestro.

Maurice – Ni creo que la perra se haya cortado la oreja para mandársela ella misma por correo.

René – Si fuera pintora, todavía. ¡Pero es una perra!

Baronesa – ¡Es un secuestro, les digo! Había una carta en el sobre junto con la oreja. Me exigen que retire mi candidatura a las municipales.

Charles – ¿En serio?

Baronesa – ¡El equipo del alcalde saliente intenta atacarme a través del ser que más quiero en el mundo: mi perro!

Maurice – Seguro que es una gamberrada. Los estudiantes de Medicina hacíamos cosas peores. Recuerdo que una vez le dejamos a un profesor…

Dominique (*interrumpiéndolo*) – ¿Está segura de que se trata de la oreja de su perro?

Baronesa – ¡Quieren callarme! Pero no pienso retirar mi candidatura. *(Grandilocuente.)* ¡Todo por Bellacón-le-Château!

La baronesa se marcha. René, Maurice, Dominique y Charles permanecen en silencio por un momento.

Dominique – ¿Creéis que este secuestro podría haber sido ordenado por el alcalde?

Los demás parecen perplejos. Llega Francine, una burguesa de buen tono.

Francine – Buenos días, buenos días.

René – ¡Ah, buenos días, Francine! ¿Bertrand no está contigo?

Francine – Eh… no.

René – ¡Qué error! Cuando uno está casado con una mujer tan guapa, no debería dejarla salir sola, ni siquiera de día…

Claude llega para tomar nota.

Claude – ¿Qué le pongo?

Dominique – ¿Cómo estás, Francine? Justo ahora tu hija Bernadette se ha ido con un cliente… ¿No te la has cruzado?

Francine – No. Qué calor...

René – ¿Conoces a Charles, verdad?

Charles – Aún no he tenido el placer de conocer a Madame. Seguro que me acordaría…

Intercambio de miradas amables entre Charles y Francine, sensible al cumplido.

René *(presentándolos)* – Francine de la Chatelière, Charles Benamou. Haríais una pareja magnífica: el discreto encanto de la burguesía de provincias venida a menos y la fortuna un tanto hortera de un nuevo rico parisino.

Maurice – Charles tiene aire acondicionado y una piscina que le sale más cara que una amante.

Francine – Porque aún no ha conocido a una amante que merezca la pena.

Charles y Francine intercambian otra mirada cómplice.

Claude (*más alto*) – ¿Qué le pongo?

Francine – Encantada de conocerte, Charles. ¿Te acabas de instalar en nuestro encantador pueblecito?

Charles – Sí, soy nuevo por aquí…

Claude – ¿Qué le pongo?

René – A pesar de las apariencias, Charles es un hombre de buen gusto. Le gusta mi pintura. Es un amigo de las artes y un mecenas generoso.

Charles – Digamos mejor un coleccionista y un inversor…

Claude *(a voz en grito)* – ¡¿QUÉ LE PONGO?!

Todos se quedan desconcertados.

Francine – Yo… Tomaré un té. ¿Qué tipo de té tiene?

Claude – De bolsita.

Francine – Bueno, un té entonces. Con una rodaja de limón, por favor.

Claude entra en el bar. Suena el móvil de Francine, quien responde la llamada.

Francine – Sí, buenos días. Soy Francine de la Chatelière. Les llamaba por… *(A los demás.)* Disculpadme un instante.

Francine entra en el bar para hablar en privado.

Maurice – Traigo malas noticias. Confidenciales, naturalmente. Os las voy a contar bajo secreto médico…

Dominique – Por nosotros, como si estuviéramos en una tumba.

Maurice – El marido de Francine ha tenido un ictus.

René – ¿Bertrand? ¿Cuándo ocurrió?

Maurice – Está en el hospital desde anoche.

Dominique – Si su marido muere, no creo que se quede mucho tiempo sola con su hija en esa casa tan grande…

Maurice – Bertrand ya tenía problemas para mantenerla. La casa, quiero decir. Aunque mantener a su mujer tampoco le salía barato…

René – ¿Estás buscando comprar una casa?

Dominique – Depende… *(A Maurice)* ¿Es grave el ictus?

Maurice – Un accidente vascular nunca es algo menor.

Charles – Eso sí, sería una viuda elegantísima…

René – Te recuerdo que tú también estás casado.

Dominique – Tiene un jardín, ¿verdad?

Charles – Sí, no muy grande, pero un bonito jardín, sí.

René – Las casas con jardín en el centro son muy raras.

Maurice – A mí también me interesaría, si el precio fuera razonable…

Dominique – ¡Ah no! Ya me ganaron con el castillo…

Francine regresa.

Dominique – ¿Todo bien?

Francine – Algunos problemas familiares…

Dominique – Sí, estamos al tanto.

Francine – ¿Ah, sí? (*Maurice lanza a Dominique una mirada reprobatoria.*) ¿Cree que es grave, doctor?

Maurice – Bueno… No tengo el expediente. Todo depende de lo rápido que lo hayan atendido…

Francine – No hablaba de Bertrand. Acabo de llamar al hospital y dicen que se recuperará. Como mucho, le quedará la cara un poco torcida.

Dominique – Mejor así.

Francine – No, me refiero a mi hija. Dice que se le aparece la Virgen.

René – ¿La Virgen?

Francine – ¡La Virgen María!

Claude llega con el té y lo deja en la mesa.

Claude – ¿Bernadette ve a la Virgen? Pues ya tenemos otra Lourdes.

Francine – ¿Cree que debería consultar, doctor?

Maurice – Pues…

Francine – Y sobre el concurso, tampoco sé qué hacer. ¿Qué opina?

Maurice – ¿Qué concurso?

Francine – Se presenta a Miss Provenza. ¿Debería poner en la ficha que ve a la Virgen?

René – Puede darle puntos, sí.

Maurice – Si no ganamos el concurso del pueblo más bonito de Francia, siempre podemos organizar peregrinaciones y vender recuerdos.

Llegan Ramírez y Sánchez, con el estilo de los Blues Brothers.

Dominique – ¿Y esos dos payasos? No se los ha visto nunca por aquí.

René – Quizás sean los dos miembros del jurado del concurso...

Francine – ¿El jurado de Miss Provenza?

Dominique – ¡El jurado del pueblo más bonito de Francia!

Maurice – Seguro que vienen de incógnito.

Ramírez y Sánchez se sientan en una mesa.

Dominique – Caballeros, bienvenidos a nuestro hermoso pueblo. Estoy seguro de que la dueña de este humilde local estará encantada de invitarles a algo.

Claude le lanza una mirada fulminante. Los dos hombres se miran desconfiados antes de decidirse.

Ramírez – Bueno, ¿por qué no?

René – Es tradición: Bellacón-le-Château es famoso por su hospitalidad.

Claude – Bueno… ¿Un rosado con pomelo, como los demás?

Sánchez – Nunca durante el servicio.

Ramírez – Bueno, por un día podemos hacer una excepción al reglamento. Un rosado para mí y un zumo de pomelo para mi ayudante.

Sánchez parece molesto.

Maurice – Van a descubrir todos los tesoros que esconde este pueblo, además de la amabilidad natural de sus habitantes.

René – Hasta los belgas se instalan aquí, atraídos por nuestro clima y por lo suaves que son nuestros impuestos.

Maurice – Aquí siempre hemos acogido a otras culturas. Mientras no sean demasiado diferentes de la nuestra.

Claude les sirve.

Ramírez – ¡Gracias!

Sánchez – Una acogida así siempre es un placer. Porque, en nuestra profesión, como sabrán, no tenemos muchos amigos.

Charles – Entonces, ¿por dónde van a empezar la visita? ¿El castillo?

Ramírez – Oh, ya sabe, estamos apenas al comienzo de nuestra investigación.

Llega Marcelle, una ejecutiva dinámica con el móvil pegado a la oreja.

Marcelle – Sí... Sí, señor alcalde... Muy bien, señor alcalde...

Maurice – Y si buscan una segunda residencia, aquí tienen a la persona adecuada. Marcelle es notaria y teniente de alcalde: se entera de las gangas antes que nadie.

Dominique – De hecho, también es quien concede los permisos de construcción...

René – Muy cómodo. En nuestro ayuntamiento inventamos la ventanilla única: el mismo despacho para comprar, vender y conseguir permisos.

Charles – Y si lo desea, también puede darle la dirección de un fontanero honesto o un buen mecánico que trabaje sin factura.

Marcelle guarda su móvil.

Marcelle – ¿Ya conocen a nuestros dos nuevos policías municipales? Los hemos contratado para que los vecinos duerman tranquilos.

René – ¿Una policía municipal?

Ramírez – Ramírez, jefe de la Policía Municipal. Y este es mi ayudante, Sánchez.

Marcelle – Dos profesionales de primera. Antes estaban en la Policía Nacional, pero tuvieron que dejarlo después de un pequeño… exceso de celo.

Sánchez – Estamos investigando la desaparición del perro de la baronesa.

Ramírez – Sin descartar que ella misma haya organizado esta desaparición para desacreditar al alcalde saliente...

El móvil de Sánchez suena, y contesta.

Sánchez – Sí… No… Afirmativo… *(Guarda el móvil.)* La baronesa acaba de recibir por correo la otra oreja y la cola de su perra.

Marcelle – ¡Dios mío, qué horror!

Ramírez – Dos orejas y un rabo. Esto ya es un asunto serio.

Dominique – Pobre Antoinette. Como sigan así, le cortan la cabeza.

Marcelle – Señores, no los retenemos más. Este pobre animal es un ciudadano más y merece la protección de nuestra nueva policía municipal, de la que ustedes son la punta de lanza.

Ramírez – Puede contar con nosotros, señora primera teniente de alcalde.

Marcelle – Ah, aquí está el señor alcalde.

Llega Jacques Regador con estilo de vaquero: mocasines, sombrero Stetson y gafas Ray-Ban. Podría ser el mismo actor que interpreta a la baronesa.

Alcalde – Buenos días. *(A Ramírez y Sánchez.)* Aún no nos conocíamos. Soy Jacques Regador, el alcalde de este apacible pueblo. Pero mis amigos me llaman JR.

Ramírez – Mis respetos, señor alcalde. Sánchez, ¿no se termina el zumo de pomelo?

Sánchez – Sí, sí...

Ramírez y Sánchez se marchan.

Alcalde (*a Claude*) – Madame Claude, sirva lo mismo a estos señores y póngalo en mi cuenta personal.

Claude – ¿Quiere decir en la cuenta del ayuntamiento?

Alcalde – Un alcalde lo es las veinticuatro horas del día. No tiene vida privada. ¿Cómo voy a tener una cuenta privada distinta de la del ayuntamiento? Amigos, cuento con vuestro voto.

Charles – Habrá que ver... ¿Cuál es su programa?

Alcalde – Usted es nuevo, ¿verdad? Un buen candidato no necesita programa, como un buen general no necesita mapas. ¿Verdad, coronel? Un buen alcalde ya sabe lo que tiene que hacer.

Dominique – Por supuesto, señor alcalde.

Alcalde – Y saben que pueden contar conmigo. Por ejemplo, para la elección del Pueblo Más Bonito de Francia. ¿No he llevado a Bellacón-le-Château a la final?

René – Pero la elección aún no está decidida.

Alcalde – Votad a Jacques Regador y dadlo por hecho. El jurado se reúne en un establecimiento de Marsella que conozco muy bien. ¿Verdad, Madame Claude? Un jurado es como un jardín: hay que regarlo generosamente para que dé buenos frutos. Y ahora, si me disculpáis, el deber me llama.

Se marcha.

Maurice – Parece que tiene prisa.

Marcelle – Yo también tengo que irme al ayuntamiento. Me toca oficiar mi primera boda entre dos hombres…

René – ¿El alcalde no quiso ocuparse él mismo?

Charles – Mal punto para él. Personalmente, nunca votaría por un candidato que no se comprometiera a respetar los derechos de todas las minorías.

Marcelle – Claro que sí. El alcalde está totalmente a favor del matrimonio para todos.

Charles – ¿Entonces?

Marcelle – Digamos que… tenía un pequeño inconveniente.

Charles – Sí, claro… eso dicen.

Marcelle – Digamos que el impedimento era bastante serio. *(En voz baja.)* Tiene que presentarse en comisaría por orden del juez. El amor no espera…

Marcelle se va.

Charles – ¿Creéis que Regador aún tiene posibilidades de ganar?

Maurice – Si no lo meten otra vez entre rejas antes de las elecciones.

Charles – ¿Qué se le reprocha, exactamente?

Dominique – Corrupción pasiva, lo llaman ahora. Antes se decía aceptar sobornos.

René – Él toma la parte de los ángeles directamente de la caja.

Se oye un chirrido de neumáticos seguido de un ruido de colisión.

Dominique – Esta gente conduce como loca. ¿Sabíais que en esta zona de la Provenza batimos récords de accidentes?

Maurice – Otro accidente en la Avenida de los Plátanos, probablemente. Aunque hay una línea continua.

René – Aquí la única raya continua que respetan algunos jóvenes es la de cocaína.

El móvil de Maurice suena.

Maurice – ¿Sí? ¡No! Sí, sí… Bueno, voy enseguida…

Dominique – No será sobre Bertrand, ¿verdad? Todos estamos muy preocupados por su salud…

Maurice – Es sobre la baronesa.

René – ¿La baronesa?

Maurice – Acaba de tener un accidente de coche…

Dominique – ¿Grave?

Maurice – Según el nuevo sheriff y su ayudante, del amasijo de chatarra solo sobresale el bolso de la baronesa.

Francine – ¡Dios mío! Con todos esos locos al volante… Siempre tengo miedo por mi hija cuando está en la carretera. Espero que al menos la Virgen la proteja…

Maurice – Bueno, tengo que irme… Me esperan para firmar el acta de defunción.

Dominique – ¿Ya? Vaya, no pierden tiempo.

Maurice se marcha.

Claude – En el fondo, baronesa o no, todos somos poca cosa.

Claude vuelve a entrar en el bar.

René – Charles, ya me imagino lo que vas a contestar, pero ¿podrías adelantarme algo de dinero para una corona de flores para la baronesa?

Charles – Si ya conoces la respuesta, para qué preguntar…

René – Bueno, si no hay otra opción… Tendré que ir a trabajar un poco, entonces.

Charles – Eso es, adelante…

Francine – Bueno, tengo que ir a hacerle una visita a mi marido en el hospital, ver si necesita calcetines limpios o algo así…

Dominique – Si no te importa, te acompaño. Así puedo hacerme una idea de su estado de salud. ¿Te conté que estoy buscando una casa para comprar en Bellacón? Con jardín, preferiblemente…

Charles – Yo también me voy. Tengo que ocuparme de mi fuga… Y aún no he votado.

René y Charles se marchan por un lado, Dominique y Francine por otro.

Ramírez regresa con Marcelle.

Marcelle – Un caso complicado…

Ramírez – ¿Ha logrado contactar al alcalde para informarle?

Marcelle – Aún no. Su móvil no responde.

Ramírez – Puede que solo sea un accidente. Aunque ya verán cómo todos dicen que al alcalde le ha venido de perlas.

Marcelle – Desde luego, se ha quitado de encima a su rival electoral…

Ramírez – ¿Y si a la baronesa de Corona-Cruzcampo la han hecho estrellarse, como a la princesa Diana?

Marcelle – Más le vale aclararlo pronto, Ramírez, si quiere conservar su empleo de sheriff municipal.

Ramírez – El forense está examinando lo que encontraron incrustado en el motor de ese Jaguar…

Marcelle – ¿Un Jaguar? ¡Si la baronesa conducía un Twingo!

Ramírez – Sí, pero llevaba un motor de Jaguar. Seis cilindros que han dejado el cuerpo hecho puré.

Marcelle – ¿Nadie ha podido identificar a la víctima? ¿No tenía familia?

Ramírez – Sería como pedirle a un ternero que reconociera a su madre en una hamburguesa.

Francine regresa, y Marcelle la interpela.

Marcelle – Francine, he pensado en lo de Bernadette. Una nueva Lourdes nos vendría de perlas: los peregrinos comprarían recuerdos y darían trabajo a los comerciantes que nos votan.

Francine – ¿De verdad cree eso? No quisiera traumatizar a mi pobre hija. Pero si es bueno para el comercio…

Marcelle – Eso sí, tendríamos que mandar un expediente al Vaticano. Disculpe, Francine, ¿está segura de que su hija no toma drogas?

Francine – Francamente, no lo creo… Yo misma me fumo un porro con ella de vez en cuando para no parecer demasiado anticuada, pero ninguna sustancia alucinógena, se lo aseguro.

Marcelle – Y… ¿tampoco tiene una cierta tendencia a la mitomanía?

Francine – ¿Está insinuando que mi hija es una fabuladora? De acuerdo, no está bautizada, pero estudia en un colegio católico.

Marcelle – Ya sabe cómo son los jóvenes: creen que se les aparece la Virgen y luego resulta que era Madonna en un videoclip. Pero ¿dónde la vio?

Francine – En su iPhone.

Marcelle – ¿En el móvil?

Francine – Estaba viendo vídeos en TikTok, y de pronto la Virgen ocupó toda la pantalla.

Marcelle – ¿Una aparición de la Virgen en internet? No sé si el Vaticano aceptará eso. ¿Y si es un virus informático? ¿Qué opina, Ramírez?

Ramírez – Que Bernadette nos haga una descripción. Dibujaremos un retrato robot y se lo enseñaremos al cura. Si alguien sabe reconocer a una Virgen en internet, debería ser él.

Marcelle – Bueno, quizá haya que esperar un poco. Según parece, el cura era muy cercano a la baronesa… Ya me entiende. Debe estar muy afectado por su desaparición.

Ramírez – Tranquila, actuaremos con tacto.

Marcelle – ¿Y su hija no hace milagros, por casualidad?

Francine – En el colegio no hace milagros, desde luego. ¿Hace falta?

Marcelle – Sería conveniente. Una santa sin milagros es como un médico que no da bajas o un constructor que no reparte sobres. ¿Para qué sirve?

Llega Sánchez acompañado de Maurice, que lleva una bata blanca manchada de sangre.

Ramírez – Ah, aquí está el forense. Podrá darnos las primeras conclusiones de la autopsia…

Marcelle – ¿Maurice?

Ramírez – El forense está de vacaciones y hemos tenido que llamar al médico del pueblo. Así todo queda en familia.

Francine – Tengo que volver al hospital. A mi marido le ha dado otro ictus. Los médicos me han insinuado que a la tercera va la vencida.

Marcelle – No quisiera insistir, pero si Bernadette pasara también por el hospital… Un milagro nunca viene mal.

Francine – No quiero darles falsas esperanzas. Ya está paralizado del lado derecho.

Marcelle – Bastaría con un pequeño milagro…

Francine – Veré qué puedo hacer.

Sánchez – El doctor tiene algo que decirles, y les advierto que es fuerte…

Marcelle – Le escuchamos, doctor. No se corte.

Maurice *(a Francine)* – Francine, esto sería secreto médico, pero ya que aquí todo el mundo busca la verdad… Tu hija está embarazada.

Marcelle – ¿Y eso qué tiene que ver con el caso?

Maurice – ¡Y yo qué sé! ¡Pregúnteselo a estos dos detectives de película!

Sánchez – Me refería a los análisis de la víctima del accidente…

Francine – Pero, ¿quién es el padre?

Marcelle – Eso quizá lo aclare la investigación. Ahora, perdona, Francine. El asunto es secreto de Estado.

Francine se va. Todos miran a Maurice.

Marcelle – Entonces, ¿qué?

Maurice – Perdonad, estaba pensando en otra cosa. En el coche había un solo cuerpo y las pruebas son concluyentes: no era humano.

Marcelle – No me diga que era un invasor extraterrestre que conducía el coche de la baronesa. Porque aquí, los únicos invasores no vienen ni de Marte ni de Venus, créame…

Maurice – No se preocupe, no era una criatura extraterrestre. Lo que quería decir es que… la víctima del accidente era un perro.

Ramírez – ¿Un perro? ¡Pero un perro no sabe conducir un Twingo!

Sánchez – Eso explicaría el accidente.

Ramírez – Qué caso tan extraño… ¿Ha identificado al perro, Sánchez?

Sánchez – He consultado los archivos, jefe. No consta ningún perro con antecedentes.

Marcelle – ¿Cree que podría ser el perro de la baronesa?

Sánchez – No lo creo. Ese perro tenía sus dos orejas y su cola…

Ramírez – Las orejas y la cola de la perra de la baronesa, en cambio, llegaron por correo certificado.

Marcelle – Acompáñenme adentro, necesito un trago.

Ramírez – Yo también. *(Sánchez hace ademán de seguirlos.)* Sánchez, intente averiguar de quién era el perro. No llevaba cinturón, pero igual llevaba collar.

Sánchez se va con Maurice. Ramírez y Marcelle entran en el bistrot. Llegan René y Charles; René lleva un cuadro bajo el brazo.

René – Ah, Charles, he terminado tu cuadro.

Charles – ¿Ya?

René – Me vino la inspiración de repente, como si se me hubiera aparecido la Virgen.

Charles *(examinando el cuadro, que representa a la Virgen con el Niño)* – ¡Pero si eso no es lo que te había encargado!

René – ¡No, pero es mucho mejor!

Charles *(observando el cuadro otra vez)* – Admito que es tu mejor obra en mucho tiempo. Aunque nunca te habían interesado los temas religiosos.

René – Será que, al envejecer, me vuelvo más místico.

Charles – Y en cuanto al tamaño, no sé si encima de mi chimenea…

René – ¿Lo compras o no? Es original, no una copia. Y con lo poco que pinto, cuando me muera valdrá una fortuna. ¡Lo escaso se paga!

Charles – Vale, me lo quedo.

Charles se dispone a marcharse con el cuadro.

René – ¿Y mi dinero?

Charles – ¿Te hago un cheque?

René – En metálico, si puede ser.

Charles – En ese caso, tengo que pasar por el banco.

René – De acuerdo, cuento contigo. Y créeme, estás haciendo una buena inversión.

Charles se va. Dominique regresa.

René – Entonces, ¿cómo está Bertrand?

Dominique – Mejor, por desgracia.

René – Querrás decir por suerte.

Dominique – ¿No he dicho eso?

René – Entonces tendrás que buscar otra casa para comprar...

Dominique – ¿Sabías que la baronesa vendió el castillo a cambio de una renta vitalicia?

René – No, ¿quién te dijo eso?

Dominique – Su notaria.

René – ¿Marcelle?

Dominique – Una renta vitalicia, imagínate: al comprador le interesa que la baronesa viva lo menos posible.

René – ¿Pero a quién?

Dominique – Marcelle no quiso decírmelo. Se supone que es secreto profesional. Pero, con la muerte de la baronesa, uno tiene derecho a preguntarse a quién beneficia el crimen. ¿Ya has votado?

René – Aún no. Te acompaño.

Se van. Ramírez y Marcelle salen del bar.

Marcelle – El alcalde todavía no ha vuelto de su control judicial. Empiezo a preocuparme...

Ramírez – Quizás decidieron quedárselo.

Sánchez llega.

Ramírez – ¿Novedades, Sánchez?

Sánchez – El carnicero ha analizado las orejas y la cola de la perra de la baronesa que encontramos en el sobre.

Marcelle – ¿El carnicero?

Ramírez – Ya os dije que el forense estaba de vacaciones. Y como el veterinario tampoco estaba, hemos tenido que recurrir a la carnicería halal de Bellacón.

Marcelle – ¿Y entonces?

Sánchez – Los resultados son concluyentes: se trata de la cola y las orejas de un cerdo.

Marcelle – ¡No me diga que la perra de la baronesa era un cerdo de verdad!

Ramírez – O quizá esas orejas y esa cola no eran de la perra de la baronesa de Amstel-Estrella.

Sánchez – Pero el perro sí apareció muerto al volante de un Twingo con motor de Jaguar.

Marcelle – Decididamente, este caso se complica… ¿Qué piensa usted, Ramírez?

Ramírez – Quizás el objetivo del accidente era la baronesa, y su perro fue una víctima inocente de un error. ¿Y si este atentado contra la baronesa no tuviera nada que ver con su candidatura a las elecciones?

Marcelle – ¿Entonces el secuestro del perro de la baronesa solo sería una distracción?

Ramírez – Quizá haya relación entre el atentado contra la baronesa de Guinness-Heineken y la venta del castillo a cambio de una renta vitalicia.

Marcelle – Eso no nos dice dónde está la baronesa…

Sánchez – O bien murió en el accidente y alguien hizo desaparecer su cuerpo.

Marcelle – ¿Pero por qué?

Sánchez – A menos que el cuerpo se haya volatilizado.

Marcelle – ¿Pero cómo?

Ramírez – Otra pregunta sin respuesta...

Sánchez – Ese coche habrá sido su tumba… pero la tumba está vacía.

Claude sale del bistrot y se une a los demás. Suena el móvil de Sánchez.

Sánchez – He pedido la colaboración de posibles testigos y ya tenemos uno: alguien asegura haber visto a la baronesa en un burdel de Marsella.

Marcelle – ¡Entonces está viva! (*Se vuelve hacia Ramírez.*) Se le ve pensativo, Ramírez. Si tiene una idea para avanzar en esta investigación, este es el momento de compartirla…

Ramírez – Una tumba vacía, su ocupante que reaparece días después… ¿No le suena de nada?

Marcelle – Pues no…

Ramírez – ¡La resurrección de Cristo!

Marcelle – Mmm… Podría tener relación con Bernadette, que ve a la Virgen.

Sánchez – A lo mejor la baronesa es una santa que ha venido a expulsar a los invasores del pueblo más bonito de Francia.

Marcelle – La Doncella de Bellacón… ¡Podríamos vender camisetas, medallas y llaveros!

Claude – Jesucristo no reapareció en un burdel, que yo sepa.

El móvil de Sánchez suena nuevamente.

Sánchez – Hay noticias. La baronesa salió despedida del coche y quedó incrustada en un plátano de sombra, a varios metros del accidente. Por eso no la encontraban.

Marcelle – ¿Está grave?

Sánchez – El plátano de sombra estaba podrido. No ha sobrevivido al golpe.

Marcelle – ¡La baronesa, hombre! ¡Pregunto por la baronesa!

Sánchez – Ah, sí. Los bomberos intentan sacarla, pero me temo que ha corrido la misma suerte que el árbol.

Claude – Al menos sus allegados podrán hacer el duelo.

Sánchez – Es verdad que es muy raro no encontrar el cuerpo en un accidente de tráfico…

Marcelle mira la pantalla de su móvil.

Marcelle – El alcalde sigue desaparecido. La comisaría acaba de confirmar que tampoco se presentó a firmar.

Claude – Quizás se haya dado a la fuga…

Ramírez – ¿Una desaparición voluntaria para eludir a la justicia? Es una posibilidad…

Entran al bar. Mario y Bernadette llegan.

Bernadette – Tengo que seguir ensayando mi papel. ¿Y nosotros qué hacemos?

Mario – ¿Me amas?

Bernadette – Lo suficiente como para estar embarazada. Pero no lo bastante como para saber si el hijo es tuyo.

Mario – Entonces pediré tu mano a tu madre.

Bernadette – Mi madre quiere casarme con su asesor del banco para que haga la vista gorda con sus números rojos. ¿No prefieres raptarme? Sería mucho más romántico.

Mario – No te preocupes, princesa, sabré darte el lugar que te mereces.

Bernadette – ¿Un sitio? Preferiría una joya…

Mario – Tú eres mi joya. El lugar de una princesa está en un castillo, ¿no?

Se besan. Mario se va. Bernadette entra al bar. Marcelle sale con Ramírez.

Marcelle – Ya están los resultados de la primera vuelta: el alcalde ha pasado a la segunda, pero va por detrás de la baronesa.

Ramírez – La muerte de la baronesa le deja el camino libre.

Marcelle – Le abre un camino despejado para la segunda vuelta, eso está claro.

Ramírez – Si es que encontramos al alcalde antes de entonces…

Marcelle – Si no aparece, la alcaldía se quedará sin alcalde.

Ramírez – La puerta abierta a toda clase de aventuras…

Llega Charles, visiblemente afectado.

Charles – ¡Mi mujer ha muerto!

Ramírez – ¿Estaba también en el coche?

Charles – Me olvidé de avisarle de que la piscina estaba vacía. Se ha tirado de cabeza…

Ramírez – Lo sentimos muchísimo. Pero estamos ocupados con asuntos mucho más graves.

Marcelle – ¡Está en juego el futuro de Bellacón! ¡El futuro de la democracia!

Llega Francine.

Charles – ¡Ah, Francine! Me alegra verla. Fíjese que soy viudo…

Francine – Pues mira qué casualidad: yo también. Mi marido se atragantó con la compota de manzana del hospital.

Marcelle – Morirse atragantado con compota, después de dos ictus… Eso sí que es casi un milagro.

Claude hace una breve aparición.

Claude – Muy difícil de certificar, eso sí.

Marcelle y Ramírez entran al bar. Llega Mario.

Francine – Ah, Mario, tendrá que pasarse por mi casa. Tengo una fuga.

Charles – Como mi piscina…

Mario – Muy bien, puede contar conmigo.

Charles – Pero no sabía que Mario también hacía fontanería.

Francine – Este chico sirve para todo. Si no fuera rumano, sería el yerno perfecto.

Mario – Justo quería preguntarle algo…

Charles *(interrumpiendo a Mario)* – Voy a tirarme a la piscina. *(A Francine.)* Aunque espero que esta vez haya agua. ¿Está libre esta noche?

Francine – Esta noche y todas las noches, Charles. Soy viuda desde hace una hora. ¡Y llevo toda la vida buscando a alguien que me cubra el descubierto!

Charles y Francine se van. Llega René.

Mario – ¿Traes mi dinero?

René – Lo tendré más tarde, te lo aseguro…

Mario – Yo no doy crédito. Un trato es un trato.

René – Hoy cobro, seguro. Te pagaré. Y de momento, espero que sepas guardar un secreto.

Mario – Si no cobro esta noche, lo cuento todo.

Mario y René se marchan. Llega Maurice. Marcelle y Ramírez salen del bar.

Maurice – Justo estaba buscándoles…

Marcelle – ¿Alguna novedad, doctor?

Maurice – Pues sí, se podría decir que sí.

Marcelle – Le escuchamos.

Maurice – Los bomberos lograron sacar el cuerpo incrustado en el plátano de sombra y pude realizar un primer examen.

Ramírez – Adelante, suéltelo.

Maurice – La víctima tenía sus dos orejas, pero también una cola.

Marcelle – No estoy segura de entenderle, doctor…

Ramírez – Yo temo que sí entiendo.

Maurice – Resulta que la baronesa era un barón.

Ramírez – ¿La baronesa de Mahou-Kronenbourg era un hombre disfrazado?

Marcelle – ¡Dios mío! Menos mal que ha muerto. Fue la más votada. ¡Imaginaos el pueblo más bonito de Francia gobernado por una baronesa belga que resulta ser un hombre!

Ramírez – Bueno, vamos a echar un vistazo…

Salen. Llegan René y Dominique.

René – Me he enterado de la muerte del marido de Francine…

Dominique – Sí, es muy triste.

René – ¿Crees que pondrá su casa en venta?

Dominique – En cualquier caso, le haré una oferta.

René – Y pensar que tú fuiste la última persona en ver a Bertrand con vida…

Dominique – Sí… Yo mismo le di la última comida.

René – Y se le quedó atravesada.

Dominique – En la compota de manzana a veces se cuela algún hueso…

Llega Francine, desolada. Claude sale del bar.

Claude – Nos enteramos de lo de su marido…

Dominique – Sí, nuestras más sinceras condolencias.

Francine – Ah, sí, claro…

Dominique – Parece preocupada… ¿Hay algo más?

Francine – Acabo de enterarme de que mi hija está embarazada.

Claude – Embarazada no va a ser fácil ganar Miss Provenza.

Dominique – Ni conseguir que la declaren santa…

Claude – Hay días en los que todo va mal.

Dominique – ¿Y quién es el padre?

Francine – Dice que no lo sabe.

Claude – Está claro que el padre no fue el Espíritu Santo.

Dominique – Te acompaño, pobre… Aprovecharé para ver la casa. Ahora te va a quedar grande, con tu marido muerto.

Francine – Ahora que Bernadette va a ser madre soltera, necesitaré una habitación para el bebé.

Dominique – Caray, no había pensado en eso. Hay que descubrir quién es el padre de ese niño…

Se marchan. Claude vuelve al bar. Llegan Marcelle, Ramírez y Sánchez.

Marcelle – Ya no me atrevo a preguntar si tienen novedades…

Sánchez – Por desgracia, sí.

Ramírez – Los jardineros municipales han analizado el ADN del cuerpo que apareció incrustado en el plátano de sombra.

Marcelle – ¿Y?

Ramírez – Creo que será mejor que se siente.

Marcelle se sienta.

Sánchez – ¡El ADN es del alcalde!

Marcelle *(aturdida)* – ¿Puede ser un poco más preciso?

Sánchez – El muerto era el alcalde, disfrazado de baronesa.

Marcelle – Eso no explica qué hacía vestido así.

Ramírez – Tiene razón, cada vez que avanzamos en esta investigación, el misterio se hace más grande…

Sánchez – Así que ha muerto el alcalde, no la baronesa.

Marcelle – Y será la baronesa quien sea nuestra alcaldesa, ¡porque su oponente en la segunda vuelta ha fallecido!

Ramírez – La buena noticia es que quizá la baronesa sí sea una mujer.

Marcelle – Pero eso aún no nos dice dónde está…

Se marchan. Entran René y Charles con el cuadro en la mano. Claude sale del bar.

René – ¿Tienes mi dinero?

Charles – Sí, sí, te lo doy enseguida.

Claude – ¿Y esta chapuza qué es?

Charles – Es un cuadro de René. Lo voy a enmarcar.

René – ¿Por qué? ¿Entiendes de pintura?

Claude – En mi oficio se ve de todo. Mi abuela regentaba una casa de citas y entre sus clientes tuvo a grandes pintores.

Charles – ¿Su abuela se acostó con los impresionistas?

René – Ahora dirá que es nieta ilegítima de Van Gogh.

Claude examina el cuadro.

Claude – Este cuadro es de principios de siglo.

Charles – ¿De qué siglo?

Claude – Del XXI, desde luego que no.

Charles lanza una mirada sospechosa a René.

René – ¡Vamos, estás diciendo tonterías! ¡Ese cuadro lo pinté yo!

Claude – La única pintura fresca que hay aquí es la firma de René.

Charles mira a René con desconfianza.

Charles – ¿Quieres que lo haga autentificar?

René – Está bien, lo compré a Mario por cincuenta euros. Ni idea de dónde lo sacó.

Charles le devuelve el cuadro.

Charles – Menos mal que no te había pagado todavía.

René – ¿Estás seguro de que no quieres quedártelo? ¡Para tu chimenea es justo la medida perfecta!

Charles (*con mirada asesina*) – Da gracias de que no te denuncie. No me sorprendería que además sea un cuadro robado.

René – De acuerdo, vuelvo con *La Libertad guiando al pueblo*...

Charles se marcha. Llega Mario.

Mario – ¿Tienes mi dinero?

René – No, pero te devuelvo el cuadro… Mi comprador se ha echado atrás…

René le entrega el cuadro a Mario y se marcha.

Claude – ¿Me dejas echar un vistazo a esta obra maestra en peligro de extinción?

Claude entra en el bistrot con el cuadro. Vuelven Marcelle, Ramírez y Sánchez.

Ramírez – ¿Se ha organizado ya algo para honrar la memoria del alcalde?

Marcelle – Tendrá un funeral de Estado, al menos municipal. Y con suerte una medalla póstuma que tape todos sus líos judiciales.

Ramírez muestra el periódico.

Ramírez – Por fin una buena noticia: ¡Bellacón ha ganado el concurso del pueblo más bonito de Francia!

Marcelle – El jurado se reunió en un hotel de lujo de la Costa Azul. Por lo visto, Madame Claude y sus chicas hicieron que la deliberación resultara inolvidable.

Vuelve Dominique.

Dominique – No quisiera aguar la fiesta, pero la desaparición de la baronesa también genera sospechas sobre la persona que le compró su castillo con renta vitalicia…

Marcelle – Ya he dicho que lo compré por poderes.

Dominique – Pero se niega a revelar la identidad del comprador, ¿verdad?

Marcelle – ¿Qué insinúas?

Dominique – Que podrías haber comprado ese castillo para ti misma…

Marcelle se acerca a Dominique, amenazante.

Marcelle – ¡Te digo que no fue así!

Dominique – Y además, con la desaparición de los dos principales candidatos a las municipales…

Marcelle – ¿Qué más?

Dominique – En caso de nuevas elecciones, la Primera Teniente tendría buenas posibilidades de convertirse en alcaldesa…

Dominique y Marcelle están a punto de llegar a las manos.

Ramírez – Ahí tenemos al menos dos móviles. *(Suena su teléfono.)* Y hablando de móviles… Sí… Entendido. Se lo comunico.

Marcelle abandona su enfrentamiento con Dominique, ansiosa por escuchar la noticia.

Marcelle – Me temo lo que va a decirme…

Ramírez – El departamento de Cultura ha comparado el ADN del alcalde con el de la baronesa. Y, por si acaso, también sus abonos para la temporada de teatro.

Marcelle – ¿Y entonces?

Ramírez – El alcalde y la baronesa son la misma persona.

Marcelle – Le hará gracia, pero ya nada me sorprende.

Dominique – Empiezo a entender…

Marcelle – Yo no entiendo nada.

Sánchez – La baronesa no era más que el alcalde disfrazado.

Ramírez – Su doble personalidad, por así decirlo.

Marcelle – ¿Jacques Regador y la baronesa? ¿Como el doctor Jekyll y la señora Hyde?

Ramírez – Tenía la victoria asegurada: si no ganaba como alcalde, ganaba disfrazado de baronesa.

Sánchez – Y si no por un partido, por el otro.

Marcelle – Una candidatura de unidad… ¡política y sexual!

Ramírez – El problema es que han muerto los dos en el mismo accidente. El alcalde y la baronesa eran la misma persona.

Dominique – Y Bellacón-le-Château ya no tiene alcalde.

El alcalde entra, precedido por Maurice jadeante y seguido por Charles, René y Mario. El alcalde está medio travestido de mujer, en un estilo bastante desordenado debido al accidente.

Maurice – Me precipité al firmar el certificado de defunción. Solo perdió el conocimiento por el golpe.

Alcalde – Tranquilos, estoy vivo. Vuestro alcalde ha vuelto. Ya podéis respirar tranquilos.

Dominique – Creo que aún nos debe algunas explicaciones.

Alcalde – Está bien, he querido pasarme de listo. La baronesa de Carlsberg-Kronenbourg era yo.

Charles – ¿Entonces lo admite?

Alcalde – Inventé a la baronesa para reunir los votos de la oposición. Debía desaparecer entre las dos vueltas y así mi reelección estaría asegurada. Pero el accidente estropeó el plan.

Dominique – ¿Y en esa historia de venta con renta vitalicia? ¿Quién compró el castillo?

Alcalde – Es Mario.

Todas las miradas se dirigen hacia Mario.

Ramírez – ¿Mario?

Alcalde – Mario solo iba a ser mi testaferro. Después de la desaparición de la baronesa, yo recuperaría el castillo.

Ramírez – Un castillo comprado con el fruto de sus corruptelas, imagino…

Sánchez – Una forma elegante de blanquear la parte de los ángeles.

Marcelle – Pero ocurrió ese accidente.

Ramírez – ¿Y si Mario saboteó el coche? Con el alcalde muerto, él se quedaba el castillo.

Mario – Y pienso quedármelo. Si no, voy a la prensa y lo cuento todo.

René – Con una historia así se podría escribir una comedia de enredo.

Ramírez – Será mejor llegar a un acuerdo y archivar el caso. ¿No les parece?

Sánchez – Más vale un mal acuerdo que un buen pleito.

Alcalde – No vamos a dar mala fama al pueblo más bonito de Francia. Después de todo, no ha muerto nadie.

Marcelle – De acuerdo. Entonces la baronesa será alcaldesa, y asunto zanjado.

Alcalde – ¿La baronesa? ¿Cómo que la baronesa? Pero mi plan inicial era hacer desaparecer a la baronesa…

Marcelle – No se ponga exigente, Regador. Las esquelas ya están publicadas. Sobre todo la suya.

Maurice – ¡Y menudo funeral le van a organizar!

René – Hasta podrían ponerle una estatua en la plaza, como a un héroe de guerra.

Dominique – Podemos abrir una colecta. Era muy popular. Y ya sabe que la muerte mejora muchísimo la reputación.

Alcalde – ¿Entonces tendré que seguir disfrazado de baronesa hasta el fin de mis días?

Maurice – Por lo menos hasta que termine su mandato.

Ramírez – Mire el lado bueno. Así escapa a los procesos judiciales.

Sánchez – Digamos que estrena una nueva virginidad política.

Alcalde – ¡Pero políticamente tendré que cambiar de bando!

Marcelle – No sería la primera vez que cambia de chaqueta. Ya ha cambiado de sexo, tampoco le costará tanto.

Francine llega por un lado y Bernadette por el otro.

Francine – ¡Ah, Bernadette, cariño!

Bernadette – Mamá, creo que Mario tiene algo que decirte…

Mario – Señora, le pido oficialmente la mano de su hija.

Bernadette – Con un poco de suerte, es el padre de mi hijo.

Dominique – A menos que el padre sea alguno de los jueces del concurso del pueblo más bonito de Francia…

Mario – Sea como sea, va a ser abuela, Francine.

Francine – ¡Abuela! Haga el favor de no insultarme.

Mario – Por si no lo sabe, ahora el castillo de Bellacón es mío.

Marcelle – La baronesa sigue viva, pero estoy segura de que, por el bien del pueblo, le cederá el derecho de vivir en el castillo.

Francine – ¿El castillo? ¿De verdad?

Claude sale del bar con el cuadro en la mano.

Claude – He rascado un poco la pintura y debajo había otro cuadro.

Charles – ¿Y entonces?

Claude – No lo va a creer.

Marcelle – A estas alturas…

Claude – ¡Está firmado por Van Gogh!

René – Es cierto que pasó por esta región alguna vez.

Charles – Si esta obra es auténtica, valdrá una fortuna.

Charles se acerca al cuadro, pero Mario se interpone.

Mario – El cuadro es mío. Vosotros no lo quisisteis.

Francine – Siempre dije que Mario sería el yerno ideal. Celebraremos la boda en el castillo e invitaremos a todo el pueblo.

Marcelle – La propia alcaldesa los casará. ¿Verdad, Madame la Baronesa?

Los futuros esposos se besan. Suena música nupcial.

Maurice – El matrimonio entre los subsidios y las grandes fortunas…

René – Una manera muy original de acabar con la lucha de clases en el pueblo más bonito de Francia.

Oscuro. La Virgen María aparece proyectada sobre el escenario.

Oscuro.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Deciembre de 2024

ISBN 978-2-38602-293-7

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.